

1990 Rubén Vargas Portugal, “Dos Libros de Mark Strand: *Emblemas/Emblems* y *El Monumento*”, *Vuelta*, Crónica de poesía, núm. 168, noviembre, pp. 36- 37.

CRÓNICA DE POESÍA

DOS LIBROS DE MARK STRAND

Por RUBÉN VARGAS PORTUGAL

Emblemas /Emblems. Selección, traducción e introducción de Elisa Ramírez. México, El Tucán de Virginia, colección Los Bífidos, 1988, 109 pp.

El Monumento. Traducción de Elisa Ramírez, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, colección Legítima Defensa, 1989, 69 pp.

“LA POESÍA no trata de encontrar un origen sino de compensar una pérdida”. Esta declaración de Mark Strand (1934), citada por la traductora de la antología bilingüe *Emblemas/Emblems*, podría leerse como una breve y suficiente introducción a lo que al lector le espera en las páginas del libro. El poeta, en un par de versos de “Keeping Things Whole” (“Conservar intactas las cosas”), repite la propuesta, pero esta vez dotándola de un cuerpo que la hace visible en su invisibilidad: “Wherever I am /I am what is missing” (“Dondequiera que esté / soy lo que falta”). Quizás los poemas de Strand recogidos en este volumen no son sino la escritura de esa pérdida, el movimiento pausado que al denunciar la ausencia erige el texto que la compensa, la serena manifestación de ese yo que apenas se enuncia se borra, se transfigura y se oscurece en el lenguaje: en su propio lenguaje. Con ésta y otras características igualmente sugerentes, la poesía de Mark Strand, desde su ya lejano primer libro *Sleeping with an eye open* (1964), pero sobre todo desde *Reasons for Moving* (1968) y *Darker* (1970), ha diseñado la singularidad de una aventura poética que se inscribe reconocidamente como una de las más notables de la poesía norteamericana de hoy. Señalado por Harold Bloom como un sombrío hijo de Wallace Stevens, Strand pertenece a la generación inmediatamente posterior a la de Robert Lowell, Galway Kinnell y M.S. Merwin, y reconoce como la suya a la de Charles Wright, Marvin Bell y Charles Simic, con quien ha compilado y traducido la antología de poetas europeos y latinoamericanos: *Another Republic*. Precisamente el conocimiento íntimo del lenguaje de otros poetas y las reflexiones que ha tejido en torno a la traducción, son otras características que particularizan su escritura y la mantienen abierta siempre a otros aires. En contraparte, la poesía de Strand ha corrido con buena suerte en nuestra lengua: Octavio Paz tradujo y dio a

conocer una muestra en 1976 (*Plural* 50); desde entonces no han sido pocos los poetas, particularmente en México, que se han ocupado de verterla al castellano. La publicación de *Emblemas/Emblems* y *El monumento*, ambos traducidos por Elisa Ramírez, brinda la oportunidad de un mayor acercamiento y compenetración con la obra de este notable poeta. *Emblemas/Emblems* está integrado por 27 poemas; Ramírez no consigna en su introducción los criterios que ha seguido para la selección de estos textos del amplio *corpus* de la obra poética de Strand —además de los libros ya citados: *The Sargeantville Notebook* (1973), *The Story of Our Lives* (1973), *The Late Hour* (1978), *The Planet of Lost Things* (1982) y *Figure in a Landscape*, de inminente aparición en Estados Unidos—, ni la procedencia de cada uno de los poemas, aunque advierte que el libro incluye algunos poemas recientes enviados por el autor. Sus traducciones se apegan con rigor a los originales y, confrontadas página a página con estos, operan como un mapa suficiente para el lector. En el libro figuran algunos de los poemas que el propio Strand reconoce entre los mejores de su producción: “Elegy for my Father” (“Elegía para mi padre”), “The Late Hour” (“La hora tardía”), “Shooting Whales” (“Cazando ballenas”), a los que se suman otros notables textos como “My Son” (“Mi hijo”), “My life for Somebody Else” (“Mi vida, por otro”), “The New Poetry Handbook” (“Manual de nueva poesía”), “The Room” (“El cuarto”) y “Seven Days” (“Siete días”).

La lectura de *Emblemas/Emblems* es una experiencia de extrañeza; Strand sabe convertir las situaciones, las historias o las anécdotas que sostienen la estructura de sus poemas, en momentos de radical extrañamiento. Frecuentemente sus poemas se dirigen a un tú: una máscara debajo de la cual no hay sino un vacío, una ausencia, una oscuridad que las imágenes no sustituyen ni llenan; por el contrario, el juego del lenguaje intensifica o duplica la pérdida como en un espejo, y de esos restos evanescentes, de esos cuerpos en fuga, nace una sombra inquietante, una interrogación, un movimiento en la inmovilidad, una oscuridad más oscura: *Darker*. Los ámbitos privilegiados de los poemas de Strand suelen ser los espacios cerrados: habitaciones desnudas en las que algo sucede: una mirada, un movimiento imperceptible, un gesto, una palabra apenas susurrada y todo, de pronto, ya es otra cosa, otro lugar y otro suceso. ¿Quién habla en los poemas de Strand? Habla otro, siempre otro, el que no está, el ausente, la imagen duplicada, la mancha en el espejo, el espacio vacío donde acaba de estar el poeta. Todas estas formas de la extrañeza son obra

del lenguaje: Strand sabe hacer de su lenguaje despojado, llano y directo, que en apariencia carece de complicaciones, una cifra de insospechada densidad, un más allá de las palabras que arroja al lector en las orillas menos esperadas de la experiencia.

Por su parte, *El monumento*, publicado originalmente en 1978, es un texto en prosa o, más bien, una serie de fragmentos en prosa. Puede ser leído como una ficción, o como una reflexión, o, integrando estas dos dimensiones que le son inherentes, como un juego.

Quizás Strand aspira, precisamente, a una lectura lúdica de su libro. *El monumento* es el texto de un poeta destinado a su hipotético traductor del futuro, a quinientos años de distancia, para orientar y dirigir su trabajo. Sobre esta ficción, Strand despliega una inteligente reflexión sobre la escritura, sobre la traducción y, asumiendo plenamente el juego, sobre la inmortalidad. El monumento está construido como un collage-. Los textos de Strand se intercalan con citas de más de una docena de autores de diversas épocas y tradiciones —Paz, Stevens, Shakespeare, Unamuno, Browne, Nietzsche, Borges, Cioran, entre otros—, las mismas que, en la perspectiva y la intención del texto, deberían fundirse en un diálogo sostenido, en un juego de voces convergentes, en un entrecruce donde la propiedad de los lenguajes sea borrada. La escritura de *El monumento* es paradójica, lúdica, irónica. El trabajo del hipotético traductor del futuro consistirá en traducir un texto sobre la traducción. Pero su juego va más allá, o quiere ir más allá; el problema planteado no es tanto el de la traducción del texto del poeta, como el de la traducción de su yo, el yo del poeta encarnado en el texto, que deberá ser creado en otro tiempo y en otro idioma todavía inexistentes. Para el poeta que escribe, su futuro traductor es un ausente; para éste, el poeta, a quinientos años de distancia, es también un ausente. Juego de ausencias: *El monumento*, escribe el poeta, “si fuera espejo de algo lo sería de la distancia entre la nada que fue y la nada que será”. Este es el texto imposible que fragmento a fragmento, cita a cita, se construye y se destruye, se niega y se afirma, se escribe y se borra. Ficción y reflexión, juego y apuesta, *El monumento* engendra también su posibilidad: “Algunos pensarán que yo escribí esto y algunos pensarán que fuiste tú. En realidad ninguno lo hizo. Hay un fantasmagórico tercero que se ha posesionado de la pluma, esta pluma que sostenemos. No es suficientemente tangible para ser descrito, pero sí para ser señalado, es el texto ya escrito borrándose a sí mismo hacia un texto promesa”. En esta promesa, quizás, como quería Borges, hay algo inmortal. *Emblemas/Emblems* ofrece un acercamiento amplio a la poesía

de Strand; la edición bilingüe permite la confrontación real y directa con la escritura del poeta norteamericano. *El monumento*, por su parte, descubre una dimensión lateral de su trabajo, la prosa; ésta, sin embargo, puede echar muchas luces sobre las motivaciones que subyacen al trabajo poético. Textos solidarios, diseñan la figura de un extraño dibujo en cuyo centro reposa la mirada y la palabra de un verdadero poeta de nuestro tiempo.

pp. 36- 37

Vuelta 168 Noviembre de 1990